



La estética no es cosmética

Desde hace décadas, asistimos a una progresiva estetización de la vida cotidiana. Las redes sociales han alimentado esta tendencia. Es más, la han consolidado, imponiendo una cierta concepción de belleza que ha cristalizado en lo que hoy conocemos como *aesthetic*. Este término no es sino una reducción de la estética a la cosmética: un marcador de lo fotogénico, de aquello que puede ser instantáneamente capturado y rápidamente consumido.

Autores impresionistas como Monet, que en su tiempo fueron rechazados por considerar que su obra era una afrenta a la belleza artística, en nuestros días se valoran precisamente por su estilo bello y apacible. Hoy, quedan pocos restos de la violencia vanguardista, el feísmo deliberado o las propuestas

provocativas: el mundo del arte es más complaciente que nunca. Aquello que en su momento cuestionó el sistema de las bellas artes hoy adorna salas y salones. Si en los años sesenta se perseguía a los grafiteros por vandalismo, hoy se contratan para embellecer las puertas de los comercios, y los anti-sistemas promocionan marcas de lujo.

Esta dinámica ha sido objeto de crítica por pensadores como Gilles Lipovetsky, que describe la «estetización generalizada» como una nueva fase del capitalismo cultural, donde el valor de lo sensible se trivializa en favor del placer inmediato y el consumo constante. O como Byung-Chul Han, quien advierte que la cultura de la inmediatez, la transparencia y el espectáculo suprimen toda forma de negatividad necesaria para una experiencia estética auténtica: la espera, el dolor, la resistencia, el silencio.

Hay que tener cuidado de no confundir la belleza con lo *bonito*. La estética que se queda en la superficie, que se reduce a apariencia, puede atraernos, pero también dejarnos vacíos. Oscar Wilde ya puso de manifiesto el peligro de no entender que fondo y forma deben ir a la par. Sin embargo, poco hemos adelantado desde entonces, pues en una sociedad en la que aparentemente se apuesta tanto por la estética, no tenemos recursos para juzgar estéticamente. Esta falta de recursos se debe a que la estética, como disciplina filosófica, se ha centrado

durante siglos en el arte, dejando de lado la dimensión estética que tiene toda nuestra vida cotidiana.

A lo largo del siglo xx existieron distintos artistas y pensadores que trataron de romper con la separación entre el arte y la vida que se había fraguado durante siglos. Artistas de la vanguardia como Duchamp, del movimiento Fluxus como John Cage o Joseph Beuys, del mundo de la *performance*, desde Isidoro Valcárcel Medina a Marina Abramović, buscaron derribar los muros entre lo artístico y el ámbito de lo común.

También la teoría intentó ampliar esa mirada. Filósofos como John Dewey o Arthur Danto reclamaron una ampliación del concepto de *arte* para poder explicar los cambios que sucedían en la práctica artística. Sin embargo, pese a sus empeños, no consiguieron dar cuenta, por ejemplo, de cómo el diseño puede ser valioso sin ser arte. Ahí es donde destacan dos pensadores menos conocidos pero muy valiosos, Gillo Dorfles y Vilém Flusser. Ellos se atrevieron a pensar en serio lo cotidiano, sin estilizarlo (*styling*), como era tan propio en aquella época: sobre el mobiliario, los objetos de diseño o las formas simbólicas de las cosas y los gestos.

Sin embargo, su trabajo no fue muy escuchado en los círculos académicos de la filosofía. ¿Por qué? Porque todavía se consideraba que lo cotidiano, lo útil, lo doméstico, no era digno de reflexión estética. Como dijo el filósofo Jacques Rancière, lo que se

considera importante en estética depende de una «distribución de lo sensible»: una especie de filtro cultural que decide qué cosas merecen atención... y cuáles se ignoran.

Aunque hubo algunos arquitectos que se preocuparon por analizar esta realidad, hubo que esperar a finales de los noventa y principios de los dos mil para que empezara a haber una masa crítica de filósofos que abordaran de forma más sistemática la estética de la vida. La corriente de *Everyday Aesthetics* o, en castellano, «estética de lo cotidiano», comenzó en Estados Unidos, pero no tardó en cruzar el charco y encontrar seguidores en el continente europeo. Desde aquellos años hubo pensadores que profundizaron en la importancia de acercarse estéticamente a lo cotidiano, pero fue en 2007 cuando se asentaron las bases de la subdisciplina con la publicación del libro de Yuriko Saito que le dio nombre: *Everyday Aesthetics*. Sus planteamientos sorprendieron por su lucidez y solidez. Sin buscarlo, asestaban un golpe a la tradición moderna al poner en evidencia el proyecto que, si bien había dado inicio a la estética, la había ceñido solo a algunas de sus manifestaciones más llamativas, dejando de lado lo cotidiano. Lo que destacaba esta corriente no era la necesidad de ampliar el concepto de arte para incluir más expresiones, más lenguajes, más formas, sino la importancia de comprender que había que salir del esquema centrado solo en

el arte para redescubrir la dimensión estética que tienen los espacios que habitamos, los objetos que usamos, las formas que imprimimos a las cosas con nuestras acciones o las decisiones que tomamos a lo largo del día.

Estas propuestas, además de tener una dimensión de originalidad, también permitían integrar cuestiones que habían quedado sepultadas a lo largo de la historia. Por un lado, sus tesis entraban en conexión con los orígenes del pensamiento estético: la *kalokagathía* griega, la unión de lo bello y lo bueno. Por otro lado, también enlazaban con el proyecto del filósofo Baumgarten de fundar una ciencia del conocimiento sensible. Además, el hecho de poner de manifiesto la importancia de ver la dimensión activa y práctica de la estética entroncaba con toda la tradición pragmatista y experiencial defendida por autores como John Dewey. Con ello, conectaba con tradiciones filosóficas europeas, a la vez que aunaba las sensibilidades orientales con las occidentales. Asimismo, permitía que la estética dialogara con otras disciplinas como la ética y la política, no solo sin perder su autonomía, sino ganando en autoridad. Pero, sin duda, lo más importante era que, sin derribar muros de forma violenta, mostraba una puerta olvidada que nos permitía volver a salir al jardín, respirar aire puro y recuperar la apreciación por la vida cotidiana.

Puesto que a lo largo de este ensayo acudiremos reiteradamente al pensamiento de Yuriko Saito, creo que merece la pena presentar algunas notas biográficas que, a su vez, nos permitirán comprender mejor su filosofía. Yuriko Saito nació en 1953 en Sapporo, en el extremo norte de Japón, en un entorno natural de gran belleza. Sapporo, una ciudad rodeada de montañas, parques y marcada por inviernos nevados, dejó una huella profunda en su sensibilidad, que más tarde se reflejaría en su filosofía. Tras completar sus estudios universitarios en Japón, se trasladó a Estados Unidos, donde obtuvo el doctorado en Filosofía por la Universidad de Wisconsin-Madison en 1983 con una tesis dedicada a la apreciación estética de la naturaleza. Esa investigación anunciaba ya lo que sería el núcleo de su obra: integrar distintas tradiciones estéticas, reflexionar sobre la experiencia directa de la realidad y subrayar las implicaciones éticas de nuestra forma de mirar.

Saito se trasladó después a la Rhode Island School of Design (RISD), una de las instituciones más prestigiosas del mundo en el ámbito del diseño y las artes aplicadas, donde ha sido profesora durante varias décadas. Esta experiencia docente reforzó su convicción de que el diseño es una forma esencial de configurar nuestro entorno y que posee una profunda dimensión estética y ética. Ha publicado diversos libros, que a día de hoy son traduci-

«La estética se encuentra en todo y, a su vez, todos configuramos el mundo a través de nuestras decisiones y acciones estéticas»

dos y estudiados de Oriente a Occidente. Además, ha abierto la puerta a otros muchos intelectuales para repensar la disciplina de la estética, rescatando autores y planteamientos que se habían quedado en los márgenes de la historia.

Su trabajo nos ha influido a muchos, no solo en la dimensión intelectual sino, todavía más importante, en la existencial: qué y cómo miramos, cómo juzgamos la realidad, cómo damos forma, con nuestras acciones y decisiones, a nuestra existencia. Es decir, nos ha llevado a darnos cuenta de que podemos habitar el mundo de forma distinta.

Por eso este libro es una invitación a entrar y recorrer una casa sencilla: la casa de la estética de lo cotidiano. El recorrido del libro es progresivo, pero no lineal ni compartimentado: en cada capítulo se entrelazan tres planos de lectura. En primer lugar, la estructura arquitectónica funciona como una metáfora que organiza los principales temas de la estética de lo cotidiano. Al mismo tiempo, en cada capítulo se encontrarán referencias clave de la historia de la estética que permiten situar y comprender mejor el aporte de Yuriko Saito a la disciplina, sin pretender agotar los temas. Finalmente, cada capítulo también supone una invitación al lector para que vaya más allá y se detenga a pensar cómo habita estéticamente el mundo que le rodea.

La metáfora arquitectónica está pensada tanto para tratar de aterrizar el pensamiento en un en-

torno cercano como para subrayar la idea de que la disciplina estética vuelve en cierto sentido a sus orígenes, pues la casa, como diría Rafael Alvira, es «el lugar al que se vuelve». El recorrido empieza en el jardín, en la mirada a la belleza de la naturaleza que tanta admiración ha despertado durante milenios.

Una vez atravesado el jardín y la puerta de entrada, cada habitación nos ofrecerá una perspectiva distinta de lo que significa habitar con sensibilidad estética. El vestíbulo nos permitirá atisbar el poder que tiene dejar de vivir en piloto automático y empezar a descubrir cómo nos influye la dimensión estética de la realidad en todos los órdenes de nuestra vida. El paso por la cocina ayudará a comprender cómo, en estética, no todo es cuestión de gustos, pero que tampoco hace falta ser un artista para configurar el espacio con nuestras acciones. En el salón, observaremos los objetos cotidianos, no como quien mira obras de arte, sino como quien está comprometido con la dimensión material de nuestro habitar. El baño nos hablará de la importancia del cuerpo, así como de la necesidad de entender cómo la belleza permite establecer una manera distinta de relacionarnos unos con otros. Por último, el dormitorio será el lugar en el que culminemos la visita al profundizar en el papel del cuidado como la actitud fundamental para poder atender, interactuar y conservar lo que nos es dado.

En definitiva, este recorrido aspira a ser, para el lector, una invitación a tomar conciencia de que la estética se encuentra en todo y de que, a su vez, todos configuramos el mundo a través de nuestras decisiones y acciones estéticas. Porque de la manera en la que comprendemos la estética depende la manera en la que habitamos el mundo.

